

yerba de la costa. Después envió al intrépido Alonso de Ojeda, cuya sagacidad conocía muy bien, para que fuera á dar una batida en los alrededores, al frente de cuarenta hombres. Á pesar de la rapidez de su marcha al traves de enmarañados bosques, descargando á intervalos los arcabuces y tocando la trompeta, volvió sin haber descubierto ninguna huella de sus compatriotas ni la sombra de un indígena.

El Almirante hacia por su parte frecuentes correrías con el estado mayor, examinando el suelo, visitando las habitaciones desiertas de las hordas, en las que vieron muchísimos cráneos que servían de utensilios; encontraron en una choza el cuello de un hombre que se estaba cociendo en una especie de marmita; y en otras habitaciones, varias cabezas humanas y miembros humanos colgados á manera de provisiones.

Por las mujeres cautivas supieron que los hombres de aquella costa de la isla habian partido con su jefe, en número de unos trescientos, en diez grandes botes para ir á abastecerse de hombres en las islas cercanas. Llegaban al punto de arriesgarse hasta á más de cien leguas, en aquellas embarcaciones, para robar hombres cuya carne parecía un manjar delicioso para su paladar; pero no hacian gran caso de la de las mujeres y de los niños. Sin embargo, presentándose oportunidad, robaban los niños y las mujeres: los niños, para engordarlos y comerlos cuando llegaban á la adolescencia; las mujeres, para servirse de ellas como esclavas ó como concubinas cuando su hermosura les valia ese horrible honor. Si tenían hijos de ellas, no perdonaban tampoco á esos desdichados. Á pesar de la desesperacion de sus madres, les mutilaban despiadadamente, les empleaban en diversos oficios hasta su pubertad, y entónces les mataban para comérselos. Los canibales les trataban como capones á fin de cebarlos mejor y darles más gustoso sabor (1). Sólo conservaban los hijos cuya madre fuera natural de su isla.

Más de veinte mujeres cautivas siguieron á los españoles á sus buques. También fueron tres niños á refugiarse en ellos: esos tres desgraciados habian sufrido la mutilacion. Varias veces fueron algunas cautivas á pedir á los españoles que se las llevaran. Colon las mandó volver á tierra contra su voluntad, después de haberlas engalanado con cascabeles y abalorios; porque pensaba que el aspecto de aquellos adornos decidirían á algunos insulares á ir á recibir semejantes regalos; pero el día siguiente, cuando los marineros bajaron á tierra para renovar su agua, corrieron á ellos las prisioneras alargándoles los brazos despojados. Sus dueños les habian arrancado brutalmente aquellos adornos. Suplicaron á los extranjeros que se las llevaran, prefiriendo entregarse á hombres desconocidos, ántes que continuar sujetas á la crueldad de los caribes.

(1) Petri Martyris Anglerii, mediolanensis, *Occaneæ Decadis primæ*, liber secundus.

Miéntas la escuadra, después de ocho días de esperar, iba á levar anclas, divisóse á Diego Márquez y sus compañeros que llevaban consigo diez mujeres y algunos niños. Estaban extenuados y sus vestidos lastimosamente destrozados. Los desgraciados habian sufrido horribles padecimientos, agravados por el temor de quedar abandonados. En vano esperaban orientarse subiendo á los árboles; la abundancia de los bejucos y el espesor del follaje no les habian permitido jamas distinguir una estrella. Á pesar del interes de dicha situacion y la comun alegría que inspiraba su vuelta, á fin de hacer un ejemplar, tuvo el Almirante la firmeza de arrestar al capitán, y de privar de una racion á los ocho hombres que habian desembarcado sin su permiso.

En seguida se hicieron á la vela.

El día siguiente, á mediodía, se costeaba una isla bastante elevada, pintorescamente dibujada y cubierta de verdor; el Almirante la llamó *Montserrat*, en honra del célebre santuario de la Virgen, que hay en el monasterio de este nombre; pero en sus costas no se veia ninguna huella de cultivo ni de poblacion. Los agutis, papagayos, iguanos y otros animales eran sus únicos habitantes. Los canibales de la Guadalupe, abusando de su proximidad, la habian despoblado hasta extinguirla. La raza humana habia desaparecido de aquella isla. « Los caribes se habian comido todos los habitantes (1). »

Contemplándola Colon con tristeza, pasó de largo, sin detenerse en ella.

Por la tarde se descubrió otra isla, que el Almirante puso también bajo el patrocinio de la Virgen Santísima, y la llamó *Santa Maria de la Rotonda*.

El día siguiente, por la mañana, se dibujaba en el horizonte otra nueva isla de hermosa apariencia. El Almirante la puso también bajo la proteccion de la Virgen y dándole el nombre de *Santa Maria la antigua*, que conserva todavía bajo la abreviacion de Antigoa.

El día siguiente tomaron tierra en una isla en la que se divisaban poblaciones y algun cultivo, « aunque el Almirante no la habia recorrido nunca, se dirigia muy bien á ella (2), » dice el primer médico, asombrado de aquella maravillosa exactitud de mirada hasta en cosas ignoradas. Por indicacion suya se aproximaron á las habitaciones de una tribu que huyó. Sólo pudieron coger seis mujeres y algunos niños robados también de las islas vecinas.

Regresando la lancha con su presa, descubrió á orilla de la costa un bote en el que iban cuatro hombres, dos mujeres y un niño, que salía de una ensenada oculta entre los paletuvios. Tan estupefactos quedaron aquellos indígenas al aspecto

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. XLVII.

(2) Doctor Chanca, *Carta á los SS. de la municipalidad de Sevilla*.

de la escuadra, que durante más de una hora quedaron inmóviles á una distancia doble del tiro de un fusil, con la vista fija en los barcos; pero como en su sorpresa ni se cuidaban siquiera de la lancha, aproximóseles esta para cortarles la retirada por la parte de la playa. Notando repentinamente la maniobra los caraibes, tomaron resueltamente sus arcos; aunque tenían que habérselas con más de veinticinco soldados, comenzaron el ataque en el cual peleaban las mujeres lo mismo que los hombres. Desde luego hirieron á dos españoles con sus flechas envenenadas. Sin los escudos y las corazas hubieran hecho mucho estrago en un instante por lo fuerte que eran los arcos y la acertada puntería de los tiros. Viendo esto, mandó el oficial abordar la lancha contra la canoa que volcó. Ni por esto dejaron los caraibes de disparar, nadando, sus flechas, hasta refugiarse en las hondonadas: en una palabra, se escaparon á nado. Los españoles no pudieron apoderarse sino de uno solo de aquellos feroces insulares, y aún había sido preciso traspasarle de una lanzada de cuya herida murió á bordo.

La tarde siguiente, se descubrió otra isla á la que el Almirante dió el nombre de *Santa Cruz*. El día inmediato divisó un terreno muy extenso, rodeado de más de cuarenta islotes. Á la principal de esas islas la llamó el Almirante *Santa Úrsula*, y á las demas les dió colectivamente el nombre de *Once mil Vírgenes*.

El día siguiente llegaron á una isla grande y hermosa, patria de la mayor parte de los indios refugiados en las carabelas. Los indigenas la llamaban *Boriquen*; como el Almirante iba á cambiar su fortuna, le dió el nombre del precursor del Divino Maestro, y la llamó *San Juan Bautista*. Expuestos sus habitantes á las correrías de los caraibes, usaban como ellos, el arco, pero sólo para defenderse. Sus chozas elegantes, sus deliciosos jardines denotaban cierta habilidad; delante de sus habitaciones arreglaban balcones y galerías rodeadas de verde follaje para disfrutar á la sombra de la vista del mar; no obstante, ignoraban enteramente lo que era navegación. En aquel sitio desplegaba la naturaleza la más pródiga magnificencia.

De allí dirigióse el Almirante á toda vela á la isla Española, hacia el fortín cuya guarnición preocupaba su ánimo. Divisóse una tierra de la cual nadie en la escuadra era conocedor. Aunque iban costeano una tierra á donde no habían atracado jamás, parecía serle familiar á Colón; sin embargo, los marinos que en el primer viaje habían estado ya en la Española, « todos estaban inciertos de si era realmente aquella la isla que buscaban. » No empleamos más tiempo, dice el doctor Chanca, « con la gracia de Dios y la ciencia del Almirante, por un derrotero tan directo, como si hubiésemos seguido un camino conocido y trillado. »

## CAPÍTULO II.

EL ALMIRANTE DESEMBARCA EN LA ESPAÑOLA, ENCUENTRA EL FORTÍN DESTRUIDO Y LA GUARNICIÓN ASESINADA.—TODOS ACUSAN Á GUACANAGARI; SÓLO COLÓN SE NIEGA Á CREERLE CÓMPlice DEL SANGRIENTO DESASTRE.—INTRIGA AMOROSA DE GUACANAGARI Á BORDO DEL NAVÍO ALMIRANTE.—EVASION DE UNA BELLA PRISIONERA.—LA ESCUADRA CONTRARIADA POR EL VIENTO SE DETIENE CERCA DE UN LUGAR PROPIO PARA LA FUNDACION DE UNA CIUDAD.—COLÓN DIBUJA SU PLAN, COLOCA SU PRIMERA PIEDRA, Y LE DÁ EL NOMBRE DE ISABELA.—UNA ENFERMEDAD DESCONOCIDA ATACA Á LOS CASTELLANOS.

### § I.

El viernes, 22 de noviembre, recalaron en el golfo de Samaná, al que el Almirante había dado el nombre de « golfo de las Flechas; » conforme lo había asegurado Colón, estaban en la Española.

Continuando el Almirante su exploración de la costa hacia el Norte, procuraba estudiar las cualidades del suelo, pues al dejar su pequeña guarnición en el fortín, no era su intención fundar allí un pueblo. Había construido el fortín en aquel sitio para aprovechar el maderamen del buque varado, y asegurar su gente contra los acontecimientos del interior, por la proximidad de la costa y el recurso de la lancha; pero en su concepto, aquel sitio fortificado no era sino un campamento. Había adivinado perfectamente la incomodidad de aquel sitio durante la estación de las lluvias.

Mientras que una lancha sondeaba la embocadura del *rio del Oro*, apartado del fortín unas siete leguas próximamente, se descubrieron dos cuerpos humanos entre las yerbas de la playa; uno tenía los pies atados con una cuerda de yerbas trenzadas; el otro con un lazo en el cuello, tenía los brazos atados á dos ramas de árbol en forma de cruz. Su estado de putrefacción adelantada no permitía distinguir la raza de las dos víctimas. El día siguiente, en un punto más apartado, encontraron otros dos cadáveres, y en la cara de uno de los cuales se distinguía la barba. Ya no cabía duda ninguna: eran europeos.